Sample text

1 Introducción

1.1. MORAL, FORMACIÓN Y DEMOCRACIA

En una democracia en la que los hombres deben cooperar conjuntamente sin que un rey o una clase política directiva los obligue a ello, los principios morales como justicia, no violencia, o sensatez, entre otros, deben asumir la función del poder. El hecho de que estos principios sean muy importantes para la paz y la cooperación entre los hombres se demuestra por medio de los estudios basados en experimentos social-psicológicos de Kurt Lewin y sus colegas, con un grupo de alumnos en los cuales examinaron los efectos de los diferentes estilos de liderazgo. Se mostró que en grupos de *laissez-faire*, que estaban completamente libres de guía y de reglas, no se originó ningún tipo de cooperación, y sí por el contrario un alto grado de agresividad. Por su parte, los grupos organizados democráticamente desarrollaron las condiciones previas para un razonable trabajo en conjunto.

La moral y la democracia aún no han llegado a la educación, y no llegarán hasta que no entendamos lo que esto implica. La educación no ha llegado a la democracia y no llegará mientras ésta separe de manera estricta la clase de determinadas disciplinas y la clase de moral, y se dedique unilateralmente al fomento de técnicas y tecnologías. Las capacidades morales pertenecen, al igual que las competencias que exigen las asignaturas tradicionales, a los objetivos proclamados por nuestras escuelas e instituciones de enseñanza superior. A pesar de esto, la promoción de las capacidades morales es menor, y cuando se hace, cuenta con menos recursos y a menudo

se trabaja con métodos poco efectivos o que entrañan una "contradicción preformativa" consigo mismos (K.-O. Apel).

En este contexto somos perfectamente conscientes de los riesgos de una trasmisión unilateral de determinadas habilidades especializadas en los campos de las ciencias naturales, lingüísticas y sociales. Cada conocimiento y cada capacidad abre nuevas posibilidades, pero también supone nuevos riesgos. Individualmente, se nos ofrecen nuevas posibilidades profesionales y sociales: carrera, dinero, prestigio y también poder. Desde el punto de vista de la sociedad, esto nos permite más bienestar, más influencia en el mundo. Pero de la mano de estas potencialidades también van más posibilidades de abuso que amenazan la justicia social, la democracia y la convivencia pacífica. Si no aprendemos simultáneamente a manejar estas exigencias y los problemas morales que de allí resultan, el progreso técnico implicará exigencias morales cada vez más inalcanzables para nosotros.

Las nuevas tecnologías en las áreas de biología molecular, técnicas de la información, comunicación y finanzas han creado numerosas profesiones, nuevas posibilidades no imaginadas de curación de enfermedades terribles, de superación de barreras de información y de comercio mundial, pero también nuevas exigencias, frente a las cuales muchos hombres (aún) no están preparados. Muchos sucumben a la tentación del abuso de poder: sin progreso técnico no habría bombas atómicas, ántrax, virus de computadoras, corrupción, robo de órganos ni ofensivas de espionaje.

Estos peligros del progreso técnico no pueden conjurarse prohibiéndolo o intentando reducirlo. Esto no sólo sería inútil, también resultaría indeseable. Éste contribuye a la esperanza y a la alegría de vivir de la mayoría de las personas. Sólo pocos quieren y pueden escapar a su fascinación. Pero, según parece, el progreso técnico se puede crear con más responsabilidad y menos perjuicios para el individuo y para la convivencia social, si lo organizamos de manera menos unilateral y monotemática; es decir, si invertimos tanta asistencia, dinero y tiempo en el progreso de la moral y la democracia, como en la integración de las competencias técnicas con las morales, en una palabra, en la integración de los logros del conocimiento con los de los sentimientos.